

ciones de matriz católica como perdedores, los catalogó como poco representativos y poco dignos de estudio. La LFF y todas las asociaciones y movimientos relacionados con ella, fueron motejados, frente a los grupos de acción, con el calificativo de cultura política «blanca», relacionados, en parte con razón, con la política católica intransigente.

Todo esto es lo que se estudia en este libro. Dumons ha dividido su obra en cuatro partes: en la primera (35-100), se ocupa del nacimiento del escenario político, Lyon, y de la época (1890-1901) en los que nació la LFF, así como de sus figuras más significativas en la defensa de los intereses de Iglesia: Jeanne Lestra, la condesa de Saint-Laurent y la burguesa por casamiento Delphine Berne, todas ellas animadas y dirigidas espiritualmente por los activos miembros de los Padres del Midi, entre los que descolló el del padre Antonin Eymieu, antiguo jesuita. En la segunda (101-185), se estudia la movilización; es decir, los esfuerzos organizativos para frenar los perniciosos efectos de la Ley del 1 de julio de 1901 y para preparar, ayudando a los hombres, los únicos que por entonces podían tener representación política, un frente político con honda raigambre en la intransigencia católica, que fue derrotado en las elecciones de 1902. La tercera parte (191-304), una vez asimilada la derrota, nos ofrece lo más significativo, por permanente y característico, del moviendo de la LFF: los espacios y los métodos de una movilización católica permanente en todos los frentes de la vida social y política de la vida francesa, con el único objetivo de crear una sociedad conforme a la cultura política del catolicismo intransigente. En este esfuerzo no se ahorraron medios. Francia entera fue tomada y en su tanto reorganizada por este ejército de mujeres. Hicieron cuanto les fue posible para hacerse presentes por medio de la lectura y de la escritura, por medio de la prensa católica, sin hacer olvidarse de la difusión de imágenes y de canciones ad hoc en la cultura francesa. La cuarta y última parte (309-433), además de presentarnos como uno de los puntos más significativos e indicativos de LFF la importancia de la oración y todo lo relacionado con el mundo oracional, nos ofrece las claves teológicas y espirituales de un modo muy concreto de orar: orar para combatir. El centro no es tanto Jesús como María, rodeada de la devoción a unos determinados santos, por supuesto siempre franceses, y estimulada por las peregrinaciones y por una especial protección de la Iglesia, lo cual no fue óbice para que aparecieran derivaciones hacia el nacionalismo militante, la Action Française, el integrismo y el catolicismo social.

Cierran el libro un largo apartado con las fuentes empleadas en este estudio (443-458) y una muy excelente y bien elaborada bibliografía. Ojalá este libro despierte y anime en los historiadores sociales y religiosos de la Iglesia en España el estudio, análisis y reconstrucción de la historia religiosa femenina española.—ALFREDO VERDOY.

MARTÍNEZ ESTEBAN, ANDRÉS, *Aceptar el poder constituido. Los católicos españoles y la Santa Sede en la Restauración (1890-1914)* (Studia Theologica Matritensia, Madrid 2006), 767p., ISBN: 84-96328-22-2.

Prologada por Cristóbal Robles Muñoz, autor al que cita con profusión y al que la actual bibliografía española debe más de lo que hasta ahora se le ha reconocido, el

lector se encuentra con una obra de difícil calificación. Tras la lectura paciente y sosegada de sus casi ochocientas páginas, me siguen acechando muchas dudas a la hora de calificar el trabajo que ahora presentamos.

Evidentemente nos encontramos frente a una tesis doctoral defendida en la Universidad Gregoriana; pero también frente a un prontuario de textos y documentos históricos, intercambiados fundamentalmente entre los Nuncios de la Santa Sede en Madrid y los diversos Secretarios de Estado en Roma. Son miles las notas que dan autoridad y contenido a este trabajo de investigación y que sin ninguna duda acreditan la capacidad investigadora y científica del nuevo doctor.

La finalidad de esta tesis, en palabras de su autor, es la de comprender «usando la razón, porque la razón cuando está movida por la verdad y la justicia no se equivoca» (35), el «ámbito de las relaciones Iglesia-Estado»; o más bien «las negociaciones que los distintos gobiernos españoles mantendrán con la Santa Sede y la situación social y política de la España de entonces» (34).

Martínez Esteban presenta su vastísimo e interesante trabajo en cinco grandes capítulos. En el primero, *Defender el principio monárquico* (37-160), conocemos las negociaciones entre la Iglesia y el Estado así como sus claves durante los años centrales del pontificado de León XIII. En el segundo, *Los Católicos en la crisis de fin de siglo* (161-311), se estudian las no del todo cordiales y unánimes relaciones de la jerarquía eclesiástica española, la pérdida de Cuba y de los restos del Imperio, los cambios en el seno de los partidos dinásticos y los diagnósticos y alternativas frente a la crisis de final de siglo en los más alto cargos de la Iglesia en España —Cascajares, Sancha, Spinola— y en los Congresos Católicos del momento. En el tercero, *Los Católicos y el nuevo reinado de Alfonso XIII* (313-472), capital para entender los cambios en las relaciones Iglesia-Estado y para percibir las nuevas sensibilidades políticas y sociales nacientes, se nos ofrecen las nuevas doctrinas, en tiempos de transición y cambio en la cabeza de la Iglesia y en momentos en los que el integrista, el antiliberalismo, el republicanismo y un incipiente regionalismo que devendrá pronto en un desenmascarado nacionalismo, marcarán los nuevos derroteros de la política eclesiástica española. Estos nuevos derroteros pasaron, como muy bien demuestra el autor, entre otras alternativas, por la llamada doctrina del mal menor, propiciada por los miembros de la Compañía de Jesús; doctrina tan polémica como posibilista y que en nada fue seguida. En el cuarto capítulo, *Católicos y antiliberales* (473-612), somos metidos de lleno en las duras negociaciones que tanto los gobiernos españoles de inspiración liberal como los obispos, nuncios, especialmente Vico, y la Santa Sede, libraron entre 1909 y 1912. Durante este período se intentó pero no se logró resolver ni la fatídica división del episcopado español, ni la falta de unidad de las fuerzas católicas para enfrentar el «partido del mal» por medio de un partido en el que pudieran militar todos los católicos; tampoco se lograron resolver el casi eterno problema de las Congregaciones y Asociaciones religiosas ni tampoco los problemas derivados de la enseñanza religiosa y de los religiosos. En el quinto y último capítulo, *A favor de la libertad* (613-752), se muestra cómo la jerarquía, los mismos católicos y los representantes de los partidos dinásticos, aprendieron de los errores del pasado y todos, pese a los problemas nunca resueltos anteriormente citados, apostaron, quizás demasiado tarde, en favor de la libertad.

Hasta aquí un sencillo elenco de la amplia temática aquí tratada. Martínez Esteban se pregunta: «¿Fue entonces posible la conciliación entre catolicismo y liberalis-

mo en la España finisecular?». No fue «posible integrar a los católicos españoles, en su conjunto, en la política liberal hasta la caída de la Monarquía y la llegada de la II República en 1931» (754). En consecuencia, esta tesis la podríamos considerar como una constatación más del fracaso y de la incapacidad de los católicos españoles y de sus distintos gobernantes en el escurridizo campo, primero, interpretativo, más adelante, práctico, del desenvolvimiento de los respectivos poderes y atribuciones que a Iglesia y Estado le correspondían por historia, por constitución y por tradición en la España de la Restauración.

La imagen que resulta de la Iglesia española de este tiempo es una imagen triste, muy triste. Su identidad, más que por la evangelización y la práctica de las obras de misericordia y el desarrollo de las obras sociales, parece que estuvo identificada con la división permanente entre los católicos. Los católicos, provenientes de las filas del carlismo y del integrismo, de los partidos dinásticos, fueron incapaces unos y otros de respetarse y de ir a una en la interpretación de sus derechos y obligaciones frente a un Estado liberal muy consciente, por razones no siempre entendidas por los católicos, de llevar adelante su misión y de gobernar, por la fuerza de las urnas y el peso de las continuas elecciones, para todo un pueblo. El clima que resulta de la lectura de tantos y tan variados informes, además de poner de manifiesto la endémica división de la Iglesia en España, nos trasmite el estado de sospecha mutua de todos y cada uno de los grupos católicos protagonistas, más pendientes de contar con el apoyo y las bendiciones de Roma que de llevar a término una misión evangelizadora frente a grupos disidentes en medio de fuertes cambios sociales. Además de triste, la Iglesia de la España de la Restauración, al menos siguiendo estos documentos, se nos manifiesta inmensamente pobre: pobre en líderes, pobre en doctrina, pobre en capacidad de adaptación a los nuevos tiempos y a sus cada vez más limitados recursos económicos.

La conclusión final de esta tesis, con la que estamos de acuerdo, pensamos, que se hubiese logrado de manera más sencilla si su autor, desde un comienzo, nos hubiese presentado de forma esquemática el pensamiento, la doctrina, y la práctica política de los diversos protagonistas de este desencuentro. El lector tiene que hacer un gran esfuerzo para no perderse entre tantos datos y referencias, comunicaciones entre las principales diócesis españolas, Madrid y Roma. Situación que habría podido salvarse si en vez de haber seguido cronológicamente el curso de los acontecimientos, opción siempre legítima y de mucho valor, hubiese agrupado y sintetizado el pensamiento y las prácticas políticas, repetimos, de todos sus protagonistas. La secuencia cronológica, qué duda cabe, nos permite apreciar los pasos de los cambios doctrinales y de la práctica política, pero nos puede sumir en un cierto tedio. Tedio nacido más del miedo del que no desea que nada se quede en el tinte-ro que de una elaboración pensando en un público generalista o en incluso especializado.

Lamentamos, finalmente, algo que viene siendo cada vez más frecuente en la historiografía española y que con toda certeza hubiese enriquecido y acreditado todavía más este libro: su falta de índices temáticos y onomásticos.

Lo anteriormente dicho no pasa de ser una opinión; opinión que está muy lejos de disminuir el valor de este trabajo. Pienso que este trabajo será un texto muy citado y utilizado en estudios posteriores; las fuentes aducidas, la exactitud y el rigor de

sus citas, la variedad de los asuntos tratados y la galería de personalidades con las que el autor se ha tenido que encargar, repito, merecen que esta tesis sea considerada y estudiada. —ALFREDO VERDOY.

NADAL CAÑELLAS, JUAN, *Jerónimo Nadal. Vida e influjo* (Mensajero-Sal Térrea, Bilbao-Santander 2007), 256p., ISBN: 978-84-271-1731-2.

Juan Nadal Cañellas nos presenta en su libro editado por Mensajero y Sal Terrae la primera biografía de un gran hombre del que el año pasado celebramos los 500 años del nacimiento. Se trata del jesuita P. Jerónimo Nadal Morey, nacido en el barrio judío de Palma de Mallorca en 1507, un año posterior al nacimiento de otro gran personaje de la Compañía, Francisco Javier, apóstol de Oriente. Nos ofrece en veintidós capítulos los principales rasgos de este extraordinario jesuita mallorquín de los primeros tiempos, poco o mal conocido, pero de gran valía humana, intelectual y espiritual.

Después de unas pinceladas familiares, nos ofrece abundantes rasgos de su etapa de estudios en la que destacó en latín, griego y hebreo. Estudió filosofía, teología y matemáticas. En Alcalá fue discípulo de Laínez y Salmerón, pero entonces no coincidió con Ignacio de Loyola ya que éste había dejado la universidad complutense en 1526, mientras que Jerónimo llegó en 1529. En la Sorbona de París (1532-1533) estudiaron al mismo tiempo, en un momento en que Ignacio reunía compañeros y no desaprovechó la posibilidad de conquistar también a Jerónimo Nadal, quien, aunque rechazaba los vicios y frecuentaba los sacramentos, no quería entonces pobreza, humildad y virtudes similares, sino que anhelaba cargos eclesiásticos importantes en su ciudad natal; en un momento dado, el cartujo portugués Manuel Miona, confesor de Ignacio, y suyo, fue quien le planteó la cuestión de formar parte del grupo, aunque no lo demostraba con el ejemplo.

Más tarde, tras haber asumido la línea de no buscar dignidades eclesiásticas, tendría que aceptar, ya de jesuita, el nombramiento que le hizo el papa Julio III como teólogo para asistir al cardenal Morone, y estuvo a punto de asistir al Concilio de Trento, en sustitución del P. Laínez, que se encontraba impedido; el restablecimiento de éste cambió los planes.

Nadie sabe adónde conducen los caminos que se emprenden en la vida y también Nadal tuvo experiencia de esto. La situación política le obligó a abandonar París e instalarse en Aviñón, donde pudo ordenarse de presbítero y recibió el título de doctor en teología. En 1538 regresó a Mallorca; por entonces se aprecia en Jerónimo una postura de no aceptación de los planes de Dios que le llevó a no centrarse ni siquiera en sus predicaciones; incluso somatizó la situación por la que atravesaba, hasta que encontró el sentido de su vida. En julio de 1545 viajó a Roma. El trayecto le llevó tres meses, de modo que llegó a la capital italiana en el mes de octubre. Habló con Jerónimo Doménech y éste le presentó a Ignacio. El interés de muchos se centraba en que hiciera los Ejercicios, pero él no se hallaba dispuesto. Finalmente (1545) se decidió a hacer la experiencia, aunque estaba determinado a no entrar en la Compañía a no ser que el Señor se lo mandase.